

Aportaciones sucesivas a la leyenda del Cid

(Apuntes para una monografía de historia literaria)

Pocas, muy pocas figuras de la Historia han logrado como la de Mío Cid Rui Díaz de Vivar arrastrar la pasión de las gentes tras de sí dejarse en el cedazo de la admiración popular la parte grosera de lo somático y destilarse en el alambique de la musa épica hasta quedar hechas, no carne sino espíritu de leyenda.

Mío Cid vive, padece, lucha y vence en muerte como en vida. Luego,

«los juglares en la romería
al compás del laúd bello y sonoro
entonann en su honor versos de oro
nacidos del Mester de Juglaría».

La tentación es fuerte, hay mucho que decir y que fantasear alrededor del gran cabdillo castellano, y a lo largo de los siglos van los poetas desgranando rimas, ya glosando episodios de la gesta cidiana, ya intentando resumir en una epopeya todo cuanto se ha dicho y no se ha dicho del Cid.

Con todo este florilegio, poético se forma, en el correr de los tiempos, un colosal acervo épico-lírico-dramático, cuyo alcance intentamos esbozar, destacando sus más salientes facetas y momentos.



Ya quedan atrás el andariego Per Abbat que escribió (no decimos compuso)* el *Poema de Mío Cid*, y los juglares que hilvanan con el multicolor hilo de sus cantares, puntada a puntada, el rico tapiz del *Romancero*. Ya duermen en sus tumbas los pacientes monjes de San Isidro de León, meticulosos anotadores de los «Gesta Ruderici Campidocti»; los frailes de San Pedro de Cardeña, compiladores de la «Crónica» de su protector y amigo.

Y Alfonso X, el rey estrellero que hizo la «Estoria» más cumplida que vieron los siglos medievales.

Ya Don Juan de la Cueva ha pasado a la fama por su comedia «El cerco de Zamora» y Juan Bautista Diamante dado origen a una larga polémica con su drama «El honrador de su padre».

Entramos en el siglo de oro. En el fecundo, áureo y prodigioso, siglo XVII.

—•—

Cuando hacia 1601 Don Guillén de Castro y Belvis, capitán de caballos, protegido del Conde Duque de Olivares, caballero del hábito de Malta, y excelentísimo poeta, abrazó voluntariamente el empeño de recopilar todo el acervo histórico-literario creado en torno a la figura del Cid, inciaba, sin darse cuenta exacta de ello, una labor que, por sus extraordinarias dimensiones y dificultades, había de ser el escollo donde se estrellase, no sólo su tenacidad, sino también la de otros muchos seguidores de su ejemplo en tal empresa.

Eran los tiempos dorados de la literatura española aquellos de comienzos del siglo XVII en que coexistían en nuestra patria los más lozanos y prolíficos ingenios que jamás ha habido. Todavía la nefasta labor centralizadora (nefasta si que bienintencionada por supuesto) de Felipe II y sus descendientes, no había dado por completo al traste con la vitalidad de las provincias, y todavía eran los Estudios de Salamanca vértice de la sabiduría europea, Toledo capital de la pintura, Sevilla parnaso de la buena poesía, Burgos obrador de cantería y escuela de arquitectura, y Valencia, academia de erudición y curiosidad investigadora.

Aún no había prendido en el ambiente la «llamada de Madrid», la «tentación de Madrid», y la cultura se elaboraba en la calma de las ciudades, sin prisas ni arribismos, y en lugar de una capital desproporcionada para el cuerpo del país (tal un organismo macrocefálico), arena de circo para equilibrios seudointelectuales y palenque para luchas a brazo partido en la disputa de gabelas y beneficios, honores y vanidades, tenía España cien centros de auténtico saber que irradiaban generosamente su luz, dando a todo el país un elevado tono cultural.

No existía un «Madrid ombligo del mundo», pero en cambio, «las mozas de cántaro en las fuentes y los arrieros en las posadas, traían consigo el librico del «tratado de oración y meditación», compuesto por el Padre Fr. Luis de Granada, y lo leían y discutían entre sí de sus textos» (1).

No había aún aparecido entre los prejuicios sociales el de «lo provinciano», ni la veneración estulta hacia todo lo que fuera «de capital» por el simple hecho de serlo.

Aún se podía ocupar un puesto en el primer plano de la vida

(1) El P. Cuervo en la revista dominicana «Ciencia Tomista» 1923.

nacional sin necesidad de haber pisado la Corte, pues a nadie se le ocurrió hasta entonces pensar que el músico Salinas, el poeta Fray Luis de León, o el pintor Theotocópuli necesitaran tener cédula de vecindad en el Avapiés para que sus obras merecieran el unánime aplauso.

Todavía España era una casona hidalga, con bastantes pisos y un patio para tomar el sol algunas tardes. Luego vino la locura de hacerse ver, y por querer lucir todos, todos se deslucieron. Se tachó de provinciano el vivir en los pisos, y lo que fuera casa hidalga acabó en patio, en patio de vecindad.



El romancero viejo, hilvanado a botes de lanza y punteo de vihuelas y citolas en tierras fronterizas desde Vivar a Benacantil, era estrecho para encerrar toda la grandeza del héroe castellano. Florecía la leyenda esmaltando de rosas la aridez de los viejos cronicones.

Don Guillén de Castro quiso erigir un monumento perdurable, a la memoria y en honra de «el que en buen hora nació». Entre los cancioneros eruditos del XV nebricense, los consuetas de cantar de gesta del medievo, los diplomas sellados en cera de los regios protocolos, y la sabrosa tradición oral, veraz a veces y a veces hiperbólica, pensó el caballero valenciano tener sobrados materiales para una obra decisiva.

Emprendió su gallarda tarea con esforzado corazón y denuedo, siguiendo con paso firme la pauta del Poema y el Romancero del Cid, y tras un largo estudio al que unió sus maravillosas facultades de inspiración elevada y de facilidad y maestría de versificación, dió a la escena primero, y más tarde a la estampa, dos obras que compendian en gran parte la vida de Rodrigo. Son éstas: «Las mocedades del Cid» y «Las hazañas del Cid», calificadas por Menéndez Pidal como «una verdadera epopeya si vale decirlo así, muy agradable e interesante para nuestro pueblo y que ha colocado a gran altura, particularmente fuera de España, el nombre de su autor, a quien no puede menos de mirar con reconocimiento la escena francesa además de la nuestra que lo ha considerado y considerará siempre como uno de sus hijos predilectos».

La comedia francesa, por gracia y obra de la de Guillén, incorpora la figura de Mio Cid a la galería de sus personajes dramáticos, siendo Corneille quien adapta la parte más destacada de «Las mocedades» a la dramática de su tiempo.

Sin embargo Corneille no logra superar, ni siquiera igualar la obra de Guillén de Castro, a quien reconocen por mejor, críticos tan conspicuos como Voltaire, Signorelli y Ticknor, por no citar más nombres.

Empero la gloriosa tarea del gran poeta valenciano, con ser tal, no agota la rica temática cidiana. Es una aportación, señalada, a la leyenda del Cid que llena un siglo.

Tiempo más tarde habrá otro gran vate español que cantará al héroe castellano en versos encendidos de inspiración, pretendiendo también como Guillén de Castro dar cima al empeño de decirlo todo y con decir perfecto. Empeño imposible, pero no por ello infecundo.



Ya Hartzembusch ha escrito su «La jura de Santa Gadea», y Manuel Fernández y González en «Cid Rodrigo de Vivar» ha dado el mejor retrato ecuestre del héroe con la inolvidable cuarteta:

«Por necesidad batallo,
y una vez puesto en la silla
se va ensanchando Castilla
delante de mi caballo».

Estamos en pleno romanticismo, mediado el siglo XIX y va a asistir la literatura española a un acontecimiento de trascendental interés.

José Zorrilla, el bardo que recorre los alcázares y jardines, como él mismo dice en la introducción a los «Cantos del Trovador», poeta cortesano favorito de la sociedad de su tiempo, amado de las musas que le llevan de un lado para otro del Atlántico, ya a llenar su escarcela de buenos pesos de plata mexicana, por manos del mecenaz imperial Maximiliano, ya para coronarle de rosas en Granada, ha contraído con Burgos una deuda de hospitalidad que quiere pagar en buena moneda.

Y como hospitalidad es cortesía, cortesía pagará dedicando a Burgos una obra de incalculable valor por ser la que con más entusiasmo ha escrito, poniendo en juego en ella toda la técnica de su madurez artística y toda la pasión de un empeño, mitad voto cruzado, mitad puntillo de honra, con dos de ambición y tres de esperanza.

En su obra «La leyenda del Cid», epopeya en verso castellano, dividida la acción en varios cantos en los que pretende también, a semejanza de Per Abbat y de Guillén de Castro, hacer el monumento definitivo, wagneriano podíamos decir, agotando el tema.

Ya el título de su obra, «La leyenda del Cid» señala esa ambición de totalidad de exclusivismo, de sed de eternidad.

Es, no lo olvidemos, en la segunda mitad del siglo XIX. Romanticismo a ultranza y por los cuatro costados. Tiempos de los grandiosos alardes tipográficos, romanticismo también, de la Ilustración Ibero-Americana, de las ediciones príncipe de la «Divina Comedia» y la Biblia con grabados de Gustavo Doré, de las impresiones, con pujos de descubrimiento, de las «Cantigas» del Rey Alfonso, a costa de la Real Academia Española.

José Zorrilla quiere que su obra aparezca con los máximos honores y la confía a las prensas catalanas de donde sale en lujosos volúmenes de tamaño folio marquilla, con ilustraciones en planchas de boj, y encuadernación en piel carmesí con dorados al hierro. Digna vitola para un poema de tan altos vuelos, merecedor de figurar en bibliotecas reales.

Burgos cobra en versos del mejor cuño zorrillesco, que es decir del mejor cuño romántico, la deuda hospitalaria.

Y la historia de las letras, dobla una página más y sigue.



Después de la epopeya del vate granadino, que cierra el siglo romántico, hay otro empeño más, aunque en tono menor.

Ya no es el rutilar de lanzas y armaduras donde va a buscar un poeta la clave cidiana. El mismo lo confiesa en versos que bien valen su prosa:

«no se oyen en la hazaña
resonar en el viento las trompetas de España
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de Tizona.
Babiéca, descansando del huracán guerrero
tranquilo pace, mientras el bravo caballero
sale a gozar el aire de la estación florida...».

Sin embargo, en un ambiente de paz también puede lucir el heroísmo, y entre lirios y rosas, bajo el sol glorioso puede presentarse una coyuntura de batallar cruento. Paparece el gafo al que el Cid, no hallando su escarcela, da la desnuda limosna de su mano, ganando por Dios y por Jimena en premio de su hazaña una flor naciente y un dulzor de mieles en el alma generosa, compasiva y enamorada.

Rubén Darío, el excelso cantor de Nicaragua, ha hecho en honor de Rodrigo de Vivar, no un monumento de granito y bronce, pero sí una exquisita y cincelada figura de oro que puede valer tanto como aquéllos.

Al fin y al cabo, cosas del Cid.

Manuel Machado recaba otra vez la trompa bélica y echa a galopar por la terrible estepa castellana las mesnadas del Cid que marcha al destierro con doce de los suyos, polvo, sudor y hierro.

«El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de sol los petos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas».

Y en medio de la fatiga y la sed aparece una niña muy rubia y muy dulce que conduce al Cid, de la mano de sus lágrimas, por el camino de la inmortalidad.

De la inmortalidad que también alcanza el cantor de la mínima gesta, el llorado y también muy afincado en Burgos, Manuel Machado, poeta de España, poeta de *Castilla*.

Hagamos un paréntesis cerrando con la generación del noventa y ocho, representada por Machado y Marcos Rafael Blanco Belmonte, que en las revistas españolas de por aquel año publicó también un poema «Del Cid» la producción literaria cidiana en escritores del pasado siglo, y detengamos un momento nuestra atención en la bibliografía y dramática extranjeras.

Ya hemos citado «El Cid» de Corneille en la escena francesa, del que Voltaire dice que es una imitación de «El honrador de su padre», de nuestro dramaturgo Juan Bautista Diamante. Estrenada en 1636 en París fué la obra de Corneille pretexto para una encarnizada pugna literaria en la que el bando del Cardenal Richelieu pese a la preeminencia política de su mantenedor, llevó la peor parte.

Desde 1637 a 1639 el éxito de la obra citada, y la corriente de simpatía que la figura del guerrero castellano produce entre el público de teatros franceses, animan a varios escritores a tentar suerte de completar o mejorar la obra de Corneille. Desfontaines publica «La suite du Cid», Chevreu escribe «Le vrai suitee du Cid» y Chillao lanza «La mort du Cid ou l'ombre du Comte Gormaz».

Voltaire que conoce a fondo las distintas obras relacionadas con Rodrigo de Vivar, después de ejercer de crítico en los anteriores estrenos realiza su «Cid», tragedia de gran vigor dramático.

Durante el virus romántico, Casimiro Delavigne glosa también en algunos de sus «Poemas y baladas» diversos episodios de la leyenda del Cid.

También Alemania siente interés por nuestro héroe. «Tres compañeros alemanes» (impresores ambulantes que utilizaban esta firma como razón social en la última década del siglo XV, sacan a luz en 1498 en la ciudad de Sevilla una «Corónica o tratado de los fechos de Ruy Díaz», que a juzgar por su texto es una refundición de la «Estoria» de Alfonso el Sabio y del «Poema del Cid».

Entre las influencias intelectuales que la corte literaria de Weimar ejerce sobre el pensamiento europeo entre 1790 y 1823 figura la curiosidad y el interés por la historia de España, despertada con el «Clavijo» de Goethe y el «Egmont» de Schiller. Quizá y sin quizá, a consecuencia de esto, un erudito curioso y documentado, Herder, dió a conocer ampliamente la figura del Cid desde un punto de vista eminentemente literario (1).

También el profesor Hüber realizó una labor semejante en la misma época y también en Alemania (2).



Volvamos a fijar nuestra atención en las nuevas aportaciones a la leyenda del Cid durante el siglo actual en España. Después de Rubén Darío, Machado y Blanco Belmonte, contemporáneos los tres pero pertenecientes en cronología y en espíritu a la generación del noventa y ocho, el fenómeno post-modernista que lleva a la poesía española a un «picassismo» desorbitado no es campo abonado para nuevas incursiones en el terreno del romance. La corriente futurista importada por Marinetti que nos la trajo de Italia se extiende como una mancha de aceite por todo el mapa de España, de tal suerte que entre 1910 y 1936 no se produce otro género que el futurista, enemigo por definición de cualquier mirada retrospectiva.

Sólo hay dos excepciones entre los escritores de ese tiempo: Marquina y Pemán, que se mantienen dentro de la corriente tradicional de la poesía castellana. Sin embargo ninguno de los dos, o al menos lo desconocemos, ninguno de los dos aporta nada nuevo al acervo poético cidjano.

En 1937, un poeta menor, pero de indudable inspiración, Federico de Urrutja, en sus «Poemas de la Falange eterna», publica el «Romance de Castilla en armas», cuyo ritornelo se refiere, aunque de pasada al Cid:

«El Cid, lucero de hjerro
por el cielo azul cabalga...».

- (1) Conocemos su traducción al alemán del «Romancero» con prólogo y notas.
- (2) Publicó en alemán la «Crónica».

Y, aunque no sea una aportación a la leyenda del Cid tal como en este trabajo entendemos, es decir, creaciones nuevas literarias referidas al Cid, sino más bien un ensayo crítico, por su extraordinario mérito creemos importantísimo el «Breviario de Mío Cid», publicado por el escritor Darío Fernández Flores en 1940.

—•—

Y entramos ya en el terreno delicado de la autocritica, y por esto no nos cumple más que señalar la reciente publicación de nuestro poema «El testamento del Cid», incluso en el libro «Riberas del Arlanzón», con el cual poema queda cerrado por ahora un doble ciclo cronológico: en la cronología cidjana por ser el episodio final, testamento y muerte del héroe, y en la cronología de la literatura cidiana, por ser la más reciente publicación que se añade al acervo de la leyenda del Cid.

COLOFON

Termina aquí este estudio breve en el que intentamos resumir la historia de las sucesivas aportaciones a la bibliografía cidiana. Con él hemos pretendido proporcionar un índice lo más completo posible de la literatura versificada escrita en torno a nuestro héroe.

Índice que podría, Dios queriendo, y con el apoyo moral de la Institución Fernán González, convertirse en *Catálogo* de una de las secciones de la Biblioteca que debe formarse en la Sala Cidiana del Palacio Provincial de Burgos.

La Academia Burgense puede y debe propugnar la creación de una «Biblioteca Cidjana» en esa Sala, como lugar más adecuado y honroso, Biblioteca que podría estar bajo la custodia directa de la Institución, dedicada exclusivamente a investigadores, y dividida en tres secciones: Historia, Poesía y Crítica.

En cuanto a Poesía ya hemos pergeñado este Índice-Catálogo.

En cuanto a Historia y Crítica sería fácil confeccionar sendos índices semejantes.

Quizá la Biblioteca Cidjana no iría más allá de cien o doscientos (1) volúmenes. ¿Será tan difícil que se intente reunirlos?

Creemos—deseamos—, que no.

JOSE M.^a DE MENA.

(Correspondiente de la Real Academia de Bellas Letras y Nobles Artes, de Córdoba).

Alicante y Abril, 1947.

(1) De poesía hemos citado dieciocho volúmenes y cuatro poemas sueltos. No es fácil que haya más de cincuenta de Historia y otros tantos de Crítica.